



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 5. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Febrero 1875. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Trajes para salón.—Vestido con delantal.—Vestido de faya y terciopelo.—Cuello y corbata para señora con manga correspondiente.—Gola y manga de encaje irlandés.—Vestido con túnica.—Bañeta para traje de sociedad.—Pena de flores.—Vestido con lazos para niña.—Vestido de dos telas para niña.—Vestido con túnica abierta para señora.—Traje para sociedad.—Sombrero de terciopelo.—Pañ y manguito de moda.—Capucha pañuelo.—Inturon de cuentas.—Fichú de muselina y

encaje.—Pantalla para la chimenea.—Bolsa para la labor.—Pintura imitando nácar.—LITERATURA: Soneto, por A. G. Lavín.—La memoria bendita, por José Jackson.—De Madrid á Lisboa, por Nicolás Díaz y Pérez.—El capital de la virtud, por Angela Grassi.—Correo extranjero: Cartas á Fanny Warrior, por Jenny.—Charadas.—Correspondencia.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Cuéntase lo ménos un año, lectoras mías, que el corte severo, aristocrático, viene haciendo una guerra constante á los *poufs* y los bullones de nuestros pobres trajes; guerra sin tregua ni cuartel, fecunda en ardides y escaramuzas, y que en estas reuniones de principio de año está librando en París la gran batalla. ¿Quién lleva hasta ahora la mejor parte? La imparcialidad me obliga á confesar que en los salones la falda lisa con la gran tabla por detras y la inmensa cola, va venciendo á su rival, y á ello se prestan las telas suntuosas de este año. La mujer bien proporcionada, de esbelto talle, y las de poca estatura, están de enhorabuena con esta hechura, y sobre todo las que poseen ese don inapreciable que se llama distinción, buenas maneras. La confusión de dos y tres faldas, de lazos, de pouf, de plegados, verdadera profusión de tela más graciosa que artística, no favorecía más que á las señoras altas, y os lo diré aquí en secreto, á aquellas cuya poca regularidad de formas se disimulaba con la agrupación de tela y de adornos. No por esto vayais á creer que la túnica quedará derrotada hasta el punto de abandonar el palenque, nó; todavía la túnica será un bello complemento de los vestidos de calle, aunque sus recogidos y plegados caerán sin tanta exageración y solo con los pliegues naturales de la tela.

Los vestidos de dos telas siguen obteniendo gran favor en una y en otra hechura, y los vestidos negros parecen ser los favorecidos por la Moda; han sido, como si dijéramos, decretados por los dos opuestos bandos, y en este género, de dos telas, se obtienen hechuras preciosas, combinándose la faya ó el terciopelo, ó la faya y el matalassé: hasta para salón se llevan estos trajes negros ricos, sobre todo para comida y concierto. La forma de falda lisa por detras, con delantal de onda muy pronunciada por delante, ó con el gran mantelo, es muy rica y severa para los trajes negros; los delantales á bullones atravesados, perpendiculares ó en punta muy aguda, son los del momento; los nesgados han perdido toda su importancia.

Para trajes de sociedad, el cuerpo-coraza escotado en cuadro representa gran papel; las faldas se hacen lisas por detras, y con la gran tabla adornada de lazos, de bu-



1. Vestido con delantal.

1 y 2. TRAJES PARA SALÓN.

2. Vestido de faya y terciopelo.

llones ó de una cascada de encajes, como dicen los franceses, y realmente no se puede llamar de otra manera más propia esa hilera de encajes que descende escalonada artísticamente; con los cuerpos escotados la manga es apenas perceptible, y las túnicas de encaje perladas de cristal, ó lisas, se llevan siempre. El traje Luis XV figura muy en primer término en los atavíos de salón, y debo haceros una ligera reseña del traje de Luis XV de

representa disfraz: la tendencia general de los trajes de máscara para salón particular, que para baile público sabido es que ninguna señora lleva traje pretenso, serán los que dejen descubierto el pie, bien representando cualquier capricho, bien alguna aldeana, jardinera ó napolitana. Entre los de capricho figura siempre en primer término el de mariposa, hecho en raso boton de oro con aplicaciones de terciopelo y plumas; el de locura, con tres

la época actual: es una falda de faya, lisa por detras, con la gran tabla que baja en grandes cañones que se abren en la cola, y delantal de matalassé ó cualquiera otra tela de distinto tejido y color que forma el delantal y peto del cuerpo; este se hace de peto por delante y por detras, se abrocha por la espalda con trenchilla, y lleva escote cuadrado y manga que llega al codo, con cartera de la tela del delantal y grandes encajes que pueden guarnecer por dentro el escote y enriquecer los costadillos de la falda separando las dos telas. Como colores para esta hechura, he visto combinados con mucho acierto el azul bajo con gris ó con rosa pálido, el boton de otro con azul, el gris con rosa y los dos tonos de un mismo color.

Las telas ligeras para trajes de salón se estilan siempre, y tengo á la vista un traje de seda rosa, casi cubierto por otro de gasa Chambery blanca con cenefa bordada alrededor con seda blanca tambien y ligeramente recogido por grupos de rosas: el cuerpo rosa, escotado en cuadro y con aldetas, va adornado de guarniciones de gasa bordada, y completa el traje una limosnera cubierta de rosas y suspensión del talle con un cordon de musgo y de capullos, cuya limosnera sirve para guardar el pañuelo y tarjeta de baile. Las limosneras son un capricho del momento, que así figuran sobre un traje de baile como sobre uno de calle y paseo, siempre que correspondan al adorno del vestido. Como traje distinguido de sociedad en esta hechura, merece recomendarse nuestro grabado 17 de este mismo número.

En algunas casas donde reciben habitualmente á sus amigos, se habla de un baile de trajes, y en otras casas se piensa en dar una sola fiesta de este género para solemnizar el Carnaval. El traje Luis XV, que ha sido de los más usuales siempre, se verá este año relegado al olvido por figurar esta hechura entre los trajes que no

faldas á picos de distintos colores y cascabeles en todos ellos y en el sombrerito, terminando en punta; el de batelera, con dos faldas, justillo y sombrero de hule; el de jardinera de Luis XV, con falda corta de raso blanca bordada de flores de colores, falda segunda de raso verde abierta por delante y orillada de biés rosa, con cogidos y lazos rosa, y cuerpo escotado en cuadro, de largas aldetas y manga corta guarnecida de biés rosa; la cofia que le completa es de encajes, muy alta y sostenida por un plegado en diadema de terciopelo negro.

Ahora, mis bellas lectoras, el Carnaval se acerca, las fiestas de los salones se suceden en esta época, la más alegre del año, y en ella vosotras tratareis de aprovechar el tiempo, haciendo á la par resaltar vuestros encantos, á lo que desea contribuir, aunque sea en pequeñísima escala, vuestra constante cronista

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 y 2. TRAJES PARA SALON.

1. *Vestido con delantal.*—Vestido de sedalina gris plata, adornada la falda por detras con volantes y rizados, y por delante con una túnica-delantal recogida por los lados, y enriquecida en su centro con lazos rosa y hebillas de nácar. Chaqueta con los mismos adornos y bolsillos en la prolongacion del costadillo que baja más que el resto de la chaqueta. Gola de la misma tela sobre el cuerpo cerrado.

2. *Vestido de faya y terciopelo negro.*—La falda, lisa, de faya, se monta de arriba con pouf poco pronunciado ó con la gran tabla Bulgare, y la adorna por delante un delantal de terciopelo, encajes y pasamanería perlada de azabache, como repite alrededor la coraza de terciopelo negro. Mangas de faya adornadas de encaje y pasamanería.

3 y 4. CUELLO Y MANGA INTERIOR.

La combinacion de este objeto resulta claro en el dibujo: los lazos de la corbata y manga son de seda de color, con encaje negro perlado de azabache; encaje igual guarnece el pié de la corbata, y gola de tul blanco y negro completa el cuello. La manga repite el mismo adorno.

5 y 6. GOLA Y MANGA INTERIOR.

Bordado y encaje irlandés.

El cuello y manga los forman tiras de batista bordada adornadas de encaje irlandés, unido por feston á las mismas tiras, y estas rizadas á grandes pliegues ó tablas, cada una con una flor de realce en el centro, así como en los ángulos que vuelven, para lo cual la flor debe bordarse por el revés. El lazo de faya y terciopelo lleva sobre las puntas otras de bordado y encaje que se transparentan sobre la cinta: la manga lleva abrazadera de la misma cinta (véase para el encaje el núm. 11.)

7. VESTIDO CON TÚNICA.

El patron de esta túnica le tienen recibido nuestras lectoras en los últimos números del año anterior, y la tela es poplin blanco y negro rayado, entretelando el cuerpo para mayor abrigo: la vuelta de la manga monta en punta de cartera con un boton, y los bolsillos sirven al mismo tiempo para levantar la túnica de los lados. El adorno de esta túnica es un doblez hecho á la máquina. Falda gris con dos anchos volantes, el último pegado con tres frunces: sombrero de terciopelo: manguito y boa de pluma.

8 y 9. CHAQUETA PARA TRAJE DE SOCIEDAD.

Estos dibujos presentan por delante y por detras una chaqueta escotada en cuadro que corresponde á un traje de seda claro, con la gran tabla por detras y túnica-delantal. La manga va fruncida á lo largo por el codo, completándola un volante con cabeza; para la parte fruncida se corta la manga más larga que para la contraria, y despues de fruncida se coloca sobre el forro liso. Puede emplearse para adorno de este traje crespon ó granadina del mismo color. Los bullones y fruncidos reemplazan para los trajes de novedad á los encajes y las plumas cuando se quiere adorno más económico. Gola y mangas de plegados de tul. Prendido de azabache y plumas.

10. PEINA DE FLORES.

Es una peina lisa, y á ella se fija una guirnalda ó grupo de flores con alambres, ó cosidos á una tira de tul. La peina se coloca luego en diadema, ó al pié del peinado sobre los tirabuzones.

11. ENCAJE IRLANDÉS.

Corresponde á los números 5 y 6, y está hecho con cinta de medallones y calados de feston. La flor se borda á plumetis.

12 y 13. BOLSAS PARA LA LABOR.

La núm. 12 va adornada de aplicaciones en cretona, y necesita raso azul, cinta de raso del mismo color, cordon de seda, torzal de colores y paño blanco.

Las dos mitades de la bolsa se cortan en linon de armar de 10 cents. de largo por 7 cents. de ancho por arriba y 17 por abajo: la tela superior va plegada sobre el forro liso, y la costura va oculta con un bullon de raso de 6 cents. de ancho. Cada frente de la bolsa va además adornado de dos patas de paño blanco, picadas alrededor y bordadas con torzal de colores: el borde del bullon de una á otra pata lleva un rizado de cinta azul.

La núm. 13 va adornada de una aplicacion á feston con un ramo pintado en el centro. El fondo necesita una tira de gros blanco de 26 cents. de largo por 15 de ancho, que se pliega en dos partes nesgando por arriba: se forra de linon y percalina, y cada frente va adornado de un ramo de violetas pintado en la seda, y al que sirve de cenefa un óvalo de tafetan malva con los bordes festonados con el mismo color. Puede reemplazarse la pintura con un ramo de cretona aplicado en el centro, ó un ramo al pasado. La abertura va reforzada con dos bullones, y se ensancha la cavidad con dos bullones de seda malva á los costados en forma de fuelles. Lazos y bridas de cinta malva sujetas por hebillas completan este lindo objeto.

14 y 15. TRAJES PARA NIÑAS.

14. *Vestido con túnica.*—La falda lleva dos volantes fruncidos, y una trencilla ó galon de lana negro sirve de adorno á la túnica, que cierra torcida y lleva cuello marinerio, cinturón y lazos de faya negra.

15. *Vestido de dos telas.*—Puede hacerse en tela lisa y tela de cuadros, ó en tela de dos tonos. La falda lleva volante con biés á las dos orillas, y otro biés y lazos de la tela adornan la túnica, que lleva alleta en la espalda.

16. VESTIDO CON TÚNICA ABIERTA.

Es de faya negra, adornado el delantal con volante plegado de 20 cents. de ancho en el centro y 80 por los extremos, y cinco bieles encima guardando la misma forma y alternados de faya y terciopelo, cada uno sujeto con un boton de pasamanería al extremo. El adorno de atras es alternando plegados de faya y bullones de terciopelo formando ancha cenefa alrededor hasta la túnica, abierta por delante y guarnecido de terciopelo y encaje. La chaqueta repite el mismo adorno, y lleva por delante solapas de terciopelo sujetas por botones. La manga la adorna un doble encaje separado por biés de terciopelo.

17. TRAJE PARA SOCIEDAD.

Falda lisa de gros rosa con gran cola: túnica y mangas de muselina blanca ó de tarlatana y coraza y limosnera rosa bordadas de cuentas de cristal: la túnica va adornada de plegados de la misma tela y encaje blanco, que puede asimismo bordarse de cristal como el que guarnece la coraza y mangas. Collar de perlas, y adorno de cabeza de perlas y plumas.

18. PANTALLA. (Labor de capricho).

Materiales: Varitas de junco, raso blanco y aplicaciones de cretona.

Tres pedazos de raso blanco con aplicaciones de cretona, esto es, flores recortadas, se montan separadas á otros tantos marcos ó bastidores de junco que van unidos por visagras, y despues se forra cada bastidor por el revés con un pedazo de tafetan verde, uniendo las dos telas con una cadeneta de seda verde.

19 á 22. ADORNOS DE PIEL.

Los núms. 19 y 20 presentan un boa y manguito de *renard plata ó renard azulado*, pieles que gozan de gran favor este año: el boa cierra con cordones de pasamanería, y el manguito puede hacerse tambien de matalassé ó terciopelo con tiras de la misma piel.

Los núms. 21 y 22 muestran otro boa cerrado con mulletilla y un sombrero de terciopelo con adorno de la misma piel.

23. CAPUCHA-PAÑUELO.

Es de crespon de china rosa y blanco, con fleco de seda anudado, desmentido al cruzarse y armado sobre una

forma de tul de Lion, con forro de seda y entretela para que abrigue más. El grabado muestra cómo el pañuelo va plegado y adornado por un lazo en forma de diadema.

24 y 25. CINTURON DE CUENTAS.

Materiales: Cuentas de dos tamaños, alambre, gros negro y broches.

El cinturón es una trenza de cinco ramales, y cada uno de tres sargas de cuentas, las de en medio más gruesas que las otras (véase el núm. 25). Cada sarga necesita unos 90 cents. de largo para una cintura regular: despues de acabar la trenza, se sujetan todos los extremos á un carton que se cubre de seda negra, y sobre el cual se fijan los broches. Un lazo y colgantes de cuentas completan el cinturón.

26 y 27. FLOJÚ DE MUSELINA Y ENCAJE.

Compónese este elegante modelo de tiras de muselina y entredoses de encaje del mismo ancho, con encaje alrededor, que forma chorrera deb'e en la costura de la espalda. Los lazos y caídas de la espalda necesitan 370 centímetros de cinta azul ó rosa de 6 cents. de anchura.

JOAQUINA BALMASEDA.

PINTURA IMITANDO NÁCAR.

El grabado 3 que aparece en el número 2 de EL CORREO correspondiente al 10 de Enero, da un precioso medallón pintado sobre cristal imitando nácar. Hé aquí cómo se procede: se toma una plancha de cristal fuerte, bien limpio, y en la parte del revés se pega el papel, sobre el cual se habrá ya calcado el dibujo, á fin de poder seguir con exactitud sus contornos. El lado de la plancha que se pinta resulta el reverso de la pintura, cuando esta se halla ya terminada. Se ejecutan las partes oscuras del dibujo dándolas con negro de marfil mezclado con secante, ántes de dar los tintes mates y blancos, para los cuales se emplea el albayalde. Para imitar el nácar, la capa de blanco debe ser muy ligera, de modo que produzca el efecto del vidrio mate, mientras que, para imitar el marfil se han de dar muchas capas de la mezcla indicada más arriba, pero teniendo cuidado de no dar la una sin que esté completamente seca la anterior. Para los adornos dorados se emplea el oro en hojas y el oro molido con miel. El efecto del nácar se obtiene por medio de una hoja de estaño arrugada puesta sobre un carton, de las mismas dimensiones del cristal, y colocada debajo de este, pero con un borde de un centímetro de grueso, á fin de que ambas planchas queden separadas. Para producir el efecto del nácar con reflejos ó de color, se dan aquí y allá algunas pinceladas encarnadas, verdes y azules sobre la hoja de estaño. El cerco de nuestro modelo consiste en follaje de oro interrumpido por algunos motivos blancos. Todo lo demás de la pintura es imitacion de nácar.

MODO DE SACAR CON FACILIDAD

LOS PATRONES.

Se colocará sobre una mesa el patron ó modelo que se desea cortar, y debajo de este un papel blanco ó de periódicos. Hecho esto, se pasa por encima de los signos ó rayas la ruedecita de una rodaja, la cual al pasar va dejando marcada la figura por medio de puntos. Cortado que sea, se colocará sobre el modelo para ver si está conforme con el original, y si así fuese, se le pondrán las letras, puntos ó estrellas que tenga la figura.

Despues de cortadas todas las piezas correspondientes á la prenda que desean, es mejor armarla con el mismo papel para ver si gusta y está bien ántes de echar á perder la tela.

Para armar las piezas, se van uniendo por medio de las letras que sean iguales; supongamos: si hay dos AA se juntan unas con otras, lo mismo que si hay otras iguales se empalmarán B con B, C con C, etc.

Recomendamos tambien que ántes de cortar los modelos ó patrones se enteren bien de las explicaciones detalladas que se dan en el periódico, porque de este modo les será más fácil y los cortarán con mayor perfeccion.

Debemos además advertirlas que siempre deben dejar tela de más para las costuras, y que jamás se debe cortar por las rayitas (-----) pues estas indican que el patron está doblado, y por lo tanto se coloca sobre él la tela doblada y al hilo. Las mismas rayitas (-----) indican cuando el patron está en dos ó tres dobleces. Lo más seguro es cortar primero las partes dobladas y añadirlas luego á la pieza principal.

RODAJA PARA SACAR PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correo á esta Administracion, para recibirla franca de porte.



SONETO.

Hunde su cresta la atrevida roca
En el piélago azul del firmamento;
Sin que segura sobre el ancho asiento
Tema del huracán la furia loca.
Como valla infranqueable se coloca
Ante el terrible ponte turbulento;
Siglo cuenta tras siglo, y ni un momento
Su combatida resistencia apoca.
Tan firme la virtud como esa mole,
Cuya grandeza y solidez se admira;
Del oro y seducción triunfa potente:
Y antes que su deber cobarde inmo-
le, el universo atónito la mira,
La ciega apurar con calma frente.

A. G. LAVIN.

LA MEMORIA BENDITA.

(DOLORA).

¿Qué hiciste de la cruz que de tu cuello
pendía pura y bella?
¿Porqué te despojaste de ese adorno
de nuestra santa religion emblema?
Tu madre, cual bendito relicario
te la dió cuando niña... Di, te acuerdas?
Un ósculo de amor y de ternura,
selló tan rica ofrenda.
La perdiste quizá?... No, desdichada:
en el olvido y el dolor la dejás
porque el diamante que halagó tu vista,
y tu vana soberbia,
quiso huir de la luz del crucifijo
y esconder en el polvo su vergüenza.
¡Para tí nada dice: nada vale,
porque perdió una piedra!...
¡Pobre niña orgullosa, desde entonces
perdióse tu conciencia!
Tu madre desde el fondo del sepulcro,
al verte sin la cruz, suspira y reza.
¡Ay de tí, si al llegar al recto fallo
de la justicia excelsa,
como á la cruz, altiva despreciaste,
el cielo te desprecia,
pues te falta la fé, la fé sublime
que es de las almas la preciosa perla!

JOSÉ JACKSON.

DE MADRID A LISBOA.

(IMPRESIONES DE UN VIAJE).

I.

EN MADRID.

Madrid, el viejo Madrid, estrecho y mal formado como espaldar de un jorobado, aburre y entristece cuando su Prado está desierto, sus calles recorridas por la muchedumbre que se empuja y mira sin conocerse, sus plazas colmadas de holgazanes y pretendientes, sus teatros cerrados, sus cafés visitados por las gentes domingueras, sus alrededores poblados de árboles secos, y sus mujeres, sobre todo sus mujeres, que huyendo de la nieve y del frío, se encierran en las jaulas que los caseros, esos eternos tiranos de nuestros tiempos, hacen pagar tan caras para vivir en ellas, tan incómodas como poco distraídas.

Madrid, tiene, es cierto, muchos atractivos. Desde la Puerta de Alcalá hasta el Campo del Moro, es particular, raro, con una fisonomía especial que no se le parece á ningún otro pueblo. A cualquier hora del día la Puerta del Sol, que no tiene puerta ni sol, encanta y extasia á los más indiferentes. Los soldados agrupados en la Plaza Mayor, oyendo cantar á Perico (*el ciego*) canciones patrióticas sobre el mismo lugar en que Carlos II mandaba levantar el tablado para que ejecutase sus sentencias el Santo Tribunal; la calle de Toledo, encanto otros tiempos de mancebos y dueñas, y hoy poblada de maritornes y especieros; la Plaza de la Cebada, donde Riego murió por su amor á la libertad, convertida hoy en mercado aristocrático, por su hermosa construcción; y en fin, desde la Plaza de Anton Martín, donde los provincianos van á celebrar la fuente churriguera que no da agua, hasta los populosos barrios de Salamanca que cuenta 20.000 habi-

tantes, y el de Pozas que tiene 14.000, todo aquí es siempre nuevo; cuando hace buen tiempo, porque el Salón del Prado, Recoletos y la Castellana entretienen á los desocupados, y cuando llueve porque las mujeres tienen que lucir sus botitas imperiales, desde la esquina de la calle del Lobo hasta la calle Mayor, inocentes entretenimientos más honestos que los bailes de Capellanes, y más baratos que las funciones del teatro de la Ópera, donde por diez perros grandes puede uno ver la *Aida* ó *La Favorita*.

Y aun así y todo, con estos encantos casi de balde, llega un día en que Madrid aburre y cansa hasta el extremo que dejamos de leer *La Correspondencia*, y apenas si se permite uno salir de casa para pasear una tarde por el Botánico ó por la Cuestada de la Vega, recuerdo del Madrid antiguo, que nos trae á la memoria los tiempos del Madrid austero Felipe II y los de Felipe IV, en que la sombra de la Princesa de Evoli nos aparece entre las pendientes escalinatas del Campo del Moro, ó el cadáver del Marqués de Villa-Mediana le vemos nadando en su propia sangre al pié del célebre ciprés del Retiro, que aún existe en pié como para dar testimonio á la tradición del inmortal Quevedo; tradición, como todas las de Madrid, de ayer mañana, como suele decirse, porque Madrid no tiene nada antiguo; todos sus recuerdos no pasan del siglo XIV, como el Palacio de Cisneros y la Torre de los Lujanes, prision que fué de Francisco I, pues aún la Capilla del Obispo, situada en la Plaza de la Paja, precioso monumento levantado á expensas del obispo de Plasencia, es del siglo XV, como lo es del XVI la portada del convento de las Latinas. Y por lo mismo los hombres que viven de recuerdos históricos y gustan de esparcimientos en las investigaciones arqueológicas, tampoco en Madrid encuentran donde distraer el aburrimiento de la vida periódica y monótona del que vejeta entre la Puerta de Bibao y el Portillo de Embajadores, y suele sacudir su spleen entre la fuente Castellana y la Florida, huyendo de los teatros que ya conoce, de los museos que ha visitado y de las calles que ha recorrido una y mil veces para recibir á cada instante un desengaño ó algún empujón de un gallego que le obliga á guardar cama toda una semana. El que busque á el Madrid de Fernando el Grande y de Ramiro I, pierde el tiempo, porque ni aun la más leve fisonomía conserva de aquellos pasados días, por las transformaciones que sufrió cuando las guerras de Alfonso VI, y más tarde por el saqueo y cerco de los árabes. Madrid, todo él, es de la época presente, y todos sus mejores monumentos se deben al siglo pasado, como el Palacio Real y la Puerta de Alcalá; como el Ministerio de Hacienda, antigua Aduana levantada por Carlos III, y el Museo del Prado, que es el edificio más suntuoso de cuantos existen hoy. Madrid, que no tiene iglesias, que no tiene edificios, que no tiene historia, vive del presente, y viene siendo un pueblo artificial donde se disputan la vida 296.970 habitantes, á lo que debe el ocupar el sexto lugar entre los pueblos metropolitanos de Europa, necesitando su población una superficie de 7.779.025 metros cuadrados, casi una cuarta parte que París, que mide 34.379.016, y poco más que una vigésima octava parte que Londres, que mide 210.000.000.

Madrid es la capital de España, que tiene una extensión de 50.763 kilómetros en la Península, y 47.923 en sus colonias ultramarinas, con 16.410.908 habitantes en la primera, y unos 10.900.000 en las segundas. A la centralización que rige en el sistema monárquico debe Madrid su engrandecimiento y su vida artificial, pues dentro de él existen constantemente el enorme número de 38.973 habitantes que cobran ó viven á expensas del Estado, clasificados de este modo:

Militares activos y de reemplazo.....	16.406
Retirados.....	1.757
Marinos.....	183
Empleados.....	6.854
Cesantes y jubilados.....	2.032
Enfermos y acogidos en los asilos.....	11.963

Reducido Madrid á los recursos que le proporcionara su riqueza industrial, artística y agrícola, sería un pueblo poco más que Salamanca y algo menos que Valladolid, y la riqueza que afluye á su comercio se distribuiría entre las provincias, á quienes les roba tanta vida para sostener á 38.973 familias que viven casi cobrando una nómina mensual y sin producir nada.

Pero aparte de estas demostraciones numéricas, y sin cuidarnos tampoco de que queremos dejar á Madrid, que deseamos cruzar Manzanares para ir á Lisboa, hermoso pueblo bañado por el turbulento Tajo, cuyas márgenes tocó un día Camoens como naufrago y supo eternizar como poeta; la vida de siempre hasta, cansa, incómoda, y la nostalgia que se apodera de nuestro espíritu hay que sacudirla dentro de un wagon de primera ó en un buque de vapor que nos aleje por una corta temporada de aquellas cosas y de aquellas personas por quienes suspiramos muy pronto, porque no sabemos olvidar mucho

tiempo los que hemos pasado sufriendo y amando una corta vida de sensaciones fuertes, de transiciones bruscas, de contrariedades repetidas, como siempre trae en sí la vida del trabajo, la vida laboriosa de los que han de escribir participando constantemente sus impresiones, sus ideas, sus sentimientos á la vulgaridad, y entregando á la indiferencia pública sus más íntimos recuerdos y hasta las impresiones más recónditas de su alma... Pero ¿á dónde vamos á parar con estas consideraciones?... Basta ya... Madrid nos cansa, nos fastidia, nos mata... ¡Huyamos de él como de un infestado!

Viajar es vivir... Una locomotora arrojando humo por su negra boca, es nuestro ideal presente. Esos quejidos que produce su bálbula, los lamentos desesperados que dá el viento, sus silbidos y, sobre todo, la mole que arrastra tras sí, es el encanto maravilloso del presente siglo.

Antes, no há muchos años, en 1820, necesitaríamos prepararnos para ir á Lisboa ni más ni menos que para llegar al Japon ó á Pekin, y nos prevendríamos con un equipo de diez mundos colosales y de un cinturón con cuatro ó cinco mil duros. No estamos ya en aquellos tiempos. Hoy todo nuestro equipaje cabe en un mundo manuable, que no excede del peso de treinta kilos, nos guardamos en el porta-monedas trescientos duros, y en treinta y tres horas llegamos á Lisboa, sin otra novedad que la de haber gastado cuatrocientos reales, si hemos de ir en primera, gozando de la comodidad de los príncipes, ó trescientos si nos conformamos con ir modestamente en segunda, y si fuésemos de la madera de los especieros, ya nos conformaríamos con gastar doscientos reales para ir en tercera... porque no hay cuarta. De cualquier manera, llegar á Lisboa por cuatrocientos, por trescientos ó por doscientos reales, precisamente por lo que costaba antes el pasaporte; recorrer ciento veinte leguas en treinta y tres horas, sin haber entrado en una posada, ni haberse entendido con ningún zagal, ni haber tratado con ningún postillon, ni haber visto las diligencias, ni las galeras aceleradas, ni aun los carros de cuatro mulas, es un prodigioso adelanto que asombra á los más incrédulos y satisface á los más descontentadizos.

El vapor ha venido á transformar la faz de nuestros pueblos, y la locomotora ha desterrado los antiguos medios de locomoción que acababan con nuestra paciencia y con nuestro dinero. El famoso Stephenson, ha unido á todos los pueblos, por medio de las paralelas formadas por unos cuantos rails de hierro. La humanidad debe al ingeniero americano más que á todos los reyes de la tierra. Pero... seamos justos esta vez; no todo este prodigioso adelanto se debe solamente á Stephenson. Hagamos un poco de historia sobre este asunto, y sobre todo, digamos la verdad.

En 1543, el 17 de Junio, un español natural de Toledo, Blasco de Garay, ensayaba en las aguas de Barcelona la aplicación del vapor, á una nao de 200 toneladas. Si el esfuerzo del ilustre toledano fué estéril, si Salomón Caus tampoco pudo, en 1615, aplicar el vapor á la locomoción, James Watt, que había nacido en Gremock, en 1736, intentaba secundar la obra de Garay y de Caus, doscientos cuarenta años después que el primero, en 1763, abriendo así el camino para que otro hombre más feliz, Stephenson, resolviera el problema, aplicando en 1825 el vapor á la locomoción terrestre, y contribuyendo así poderosamente para que otro gran genio, Fulton, treinta y nueve años más tarde, lo aplicara á la locomoción de los barcos.

Por eso cada vez que vemos á una locomotora recorriendo la tierra ó á un vapor que surca las aguas, cinco nombres se nos viene á la mente; cinco nombres que creemos leer entre las españadas de humo que despiden la máquina: los nombres de Garay, Caus, Watt, Stephenson y Fulton, que han realizado la obra más gloriosa de los tiempos modernos.

Pero haciendo alto en estos datos históricos, para preparar nuestro equipaje, dispongámonos á partir y recoger las emociones alegres que nos brinda el trayecto inmenso que separa Madrid de Lisboa, sobre el cual volaremos como un pájaro, llevándonos un caudal de ilusiones y deseando recoger otras nuevas que nos distraigan y entusiasmen hasta el extremo que nos haga soñar, porque Portugal guarda para los hijos de la Península Ibérica encantos desconocidos que en vano queremos buscar más allá de los Pirineos, en el bullicioso París, en la pensadora Alemania, ó entre las elevadas montañas helvéticas donde la nieve nos incomunica á cada paso, y el sol nos niega sus dorados rayos...

Al tren!... Al tren!... Ya estamos contentos; ya somos felices de esta suerte, ó en este tono...

«Meo Deus, disse entre mim, oh! quanto é doce,
Quanto é bella esta vida, assim vivida!
Agora, logo, aqui, alem notando
Uma pedra, uma flor, uma lindeza,
Um seixo da corrente, uma conxinha
A beiramar colhida!...»

¿No es verdad que es muy dulcemente lírico el tierno Gonzales Dias? Parece un griego vestido de luto. Un mármol del Pentélico deritiéndose bajo el ardiente sol americano. Pero en Portugal todos los géneos son así, como Gil

Vicente, como Camoens, como Garrett, mesianistas del entendimiento humano y *aíndamais*.

Pero el tiempo corre. Son las seis de la tarde. A las nueve sale el tren: ¡qué alegría!

Comamos! 3 y 4. Cuello y corbata para señora con manga correspondiente. y á partir, que los momentos son preciosos. Basta ya de introducción, y sirva lo dicho como sinfonía á nuestro viaje.

(Se continuará).

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación).

¡Sí, sí, Dios se ha apiadado de mi largo martirio!... ¿Quién sino Dios ha podido hacer que Ambrosio y Judas estuviesen ausentes, que Anacleto estuviese enferma, y que Rosenda, la hija de la lavandera, llegase á buscarla hasta mi mismo cuarto?

¡Ah, qué pronto al oír su voz dejastes el lecho, Anacleto; pero ya la habia dicho cuanto queria decir! ¡Ya era tarde!...

Temo y deseo que llegue la noche... ¿Tendré fuerza para abandonar el lecho y arrastrarme hasta la capilla? ¡Sí, tendré fuerza, Dios me la dará!... ¡La mandaré que avise al cura, al médico ó al escribano! No: no los dejarían entrar, ó me harían pasar por loca, ó me matarían ántes que llegasen!... ¿Será mejor que consigne cuanto me sucede en un papel, y haga que le entregue á una persona leal y honrada?... ¡Pero en dónde hallar á esa persona?... No tengo amigos!

Nadie me quiere en el pueblo! ¡No he hecho nada para que me quieran!... ¡He sido orgullosa, intratable, dura!... Tarde lo conozco!



8. Chaqueta para traje de sociedad. (Véase el núm. 9).



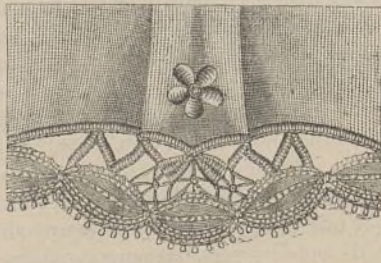
7. Vestido con túnica.



10. Peina de flores.

¡Las seis; son ya las seis y Rosenda va á llegar, y no sé á quién confiarme! Qué duda cruel! qué cruel incertidumbre! Y si pierdo esta ocasión todo lo pierdo!

Qué idea! qué feliz idea! He oído decir que el cura de la Aldea El Pozo es



11. Encaje irlandés para la gola núm. 5.

un santo sacerdote, un anciano venerable, lleno de amor y misericordia hacia sus hermanos... ¡No le pediré auxilios para mí! Yo ya bendigo mi martirio, como espacion de las culpas cometidas!... Le confiaré el porvenir de mis nietas!...

¡Sí, sí!... No quiero que Isabel disfrute de mi casa, de mis tierras, de mis joyas...

No quiero que venga á reposar sobre mi lecho, á aspirar las flores de mi jardín, á coger las frutas de mi huerto.... ¡Pero mis nietas, las hijas de mi hijo, sí!

Pondré las hojas parroquiales en el cofrecito que la reina doña Isabel la Católica regaló á su dama favorita, que era nada menos que la muy alta y muy poderosa señora doña Jimena de la Cerda, de Guzman y Ponce de Leon, Lainez de Utrera, mi sexta abuela materna....

5 y 6. Gola y manga para señora. (Véase el núm. 11).

Pondré en ella además el plano de los subterráneos, para que puedan entrar hasta mi dormitorio en cualquier tiempo y hora, la llave del salon y la llave del cofre, que contiene todos los documentos y papeles de familia...

Ya está hecho!... Pero y la carta? Pronto acabarán de comer, y volverán... Pondré la carta en estos términos:

“Escribo desde el borde mismo del sepulcro. Sé que es usted un sacerdote conforme al Evangelio, y en nombre de Dios le confío este sagrado depósito...”

Lo entregará V. á las hijas de Isabel Martinez, vecina de Inestrillas, despues que su madre haya muerto.

Tal es mi última irrevocable voluntad, y le hago á V. responsable ante Dios de su exacto cumplimiento.”

—Sí, dijo Páblo interrumpiendo al escribano. Mi tío, que guardaba escrupulosamente esta carta, me la confió en su última hora, diciéndome que á la muerte de Isabel practicó mil diligencias para descubrir el paradero de sus hijas, y que todas fueron inútiles...

¡Cuán lejos estaba yo de imaginar que una de ellas fuese Susana, habiéndose rodeado su madre de un misterio tan profundo!

El escribano aprovechó aquella interrupcion para limpiar de nuevo sus anteojos, y toser dos ó tres veces, hecho lo cual continuó de este modo su lectura:



9. Espalda de la chaqueta núm. 8.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras
Plaza de Prim II, 3.

¡Voy á
de este ún
Se lo leg
ménos si o
to he luch
tas lágrim
mi soledad
¡Perdon
trañas! pe
Ya oí
¡Adios
sapia ilustr
so no grab
doña Rup
¡Ay, ay de
sólo podrá
que habita



ba como

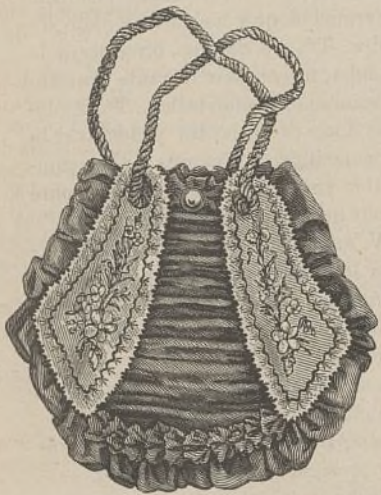
Así ter
El esci
dio del si
pido sólo
levantab
—¡Ma
muró és
Dios! Me
brás per

— ¡Voy á despedirme de este cuaderno, de este único confidente de mis penas!... Se lo lego á mis nietas!... ¡Sepan á lo ménos si oyen hablar de mi dureza, cuánto he luchado, cuánto he sufrido, cuántas lágrimas he derramado en medio de mi soledad amarga!...

¡Perdon, hijas mías, hijas de mis entrañas! perdonadme!...

Ya oigo que vuelven mis verdugos!...

¡Adios vida, adios riqueza, adios prosperidad ilustre!... Adios, ¡y por qué!... ¡Acaso no grabarán sobre mi losa; aquí yace doña Ruperta de Guzman de Quirós!... ¡Ay, ay de mí, que entretanto mis manos sólo podrán abarcar los fétidos reptiles que habitarán dentro de mi misma tumba!



12. Bolsa para la labor.

ba como dueños y señores!...

Así terminaba el manuscrito.

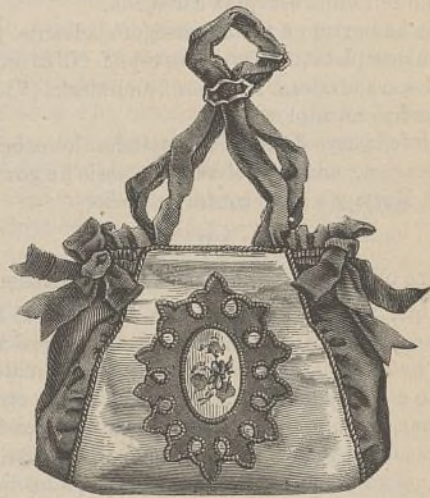
El escribano finalizó su lectura en medio del silencio más profundo, interrumpido sólo por los desolados sollozos que levantaban el pecho del anciano.

— ¡Madre mía! pobre madre mía! murmuró éste por fin! ¡Te habrá perdonado Dios? Me habrá Dios perdonado? Me habrás perdonado tú, madre del alma mía!



14. Vestido con túnica para niña.

15. Vestido de dos telas para niña.



13. Bolsa para la labor.

el asilo en donde se ocultaba nuestro ángel adorado, no habia querido revelarte hasta ahora el nombre y las señas de la casa en donde habita su nodriza. Bastará que le enseñes esta para que te entregue el precioso depósito. Se llama Catalina Bureno; es mujer de un carpintero, y vive en Soria, calle Angosta, núm. 29.

— Cómo? dijo Marta sorprendida. Catalina Bureno era mi nodriza, y esas son



16. Vestido con túnica abierta.



17. Traje para sociedad.

las señas de la casa en donde he pasado mi infancia, en donde todavía habitan mis hermanos...

—Marta, Marta! exclamó el anciano con voz entrecortada, tendiéndola los brazos. Sería posible? Serías tú?... Interrumpióle un agudo grito.

Simeon, que habia permanecido indiferente á todo, se levantó como movido por un resorte al oír el nombre de Marta.

—Tú! murmuró con sordo acento, siempre tú!... ¡Tú en todas partes, tú persiguiéndome sin cesar con encarnizado empeño!... Cuánto te aborrezco!... ¡Pero ahora es tarde, Marta, llegas tarde!... El tesoro es mío!... lo oyes?... mío!...

Dió algunos pasos como encorvado bajo un peso enorme.

Luego soltó una estúpida carcajada.

—Los he burlado á todos! prosiguió jadeante. ¡Cuánto oro... cuánta plata!... Pero qué es esto?... No es oro! ¡no es plata!... son andrajos... andrajos... andrajos!... ¡Vieja maldita, me has robado!

Y el infeliz cayó de rodillas mesándose los cabellos con desesperacion, mientras el anciano, ébrio de gozo, estrechaba á Marta y á Elías contra su pecho!

XV.

LO QUE QUIERE LA MUJER DIOS LO QUIERE.

Oh, que fortuna haber nacido mujer! ¡Qué lote tan bello nos ha dado en suerte la benigna Providencia! Mujer! Esto es, símbolo de paz, de amor, de mansedumbre: esto es, no tener otro deber que cumplir, otra tarea que llenar, más que el fácil deber, la dulce tarea de amar y ser amadas! ¡Amar á nuestros padres, á nuestros esposos, á nuestros hijos, á nuestros hermanos, á los infelices! ¡Amar á los pájaros, á las flores, á los céfiros y á las aguas! ¡Encerrar á toda la creacion en este foco de amor inmenso que desciende del cielo para volver al cielo, trazando en el espacio una estela luminosa! ¡Ah, la mujer que renuncia á vivir en esta atmósfera de amor, es como el pez que abandona la límpida superficie de los mares para ir á morir en la arenosa playa; es como el pájaro que abandona el imperio de las brisas para ir á languidecer entre los dorados hierros de una jaula!

Oh, no, hermanas mías, hijas mías! Oh, no! ¡No imitemos nunca al incauto pájaro, al incauto pececillo! Castas vestales, que durante el transcurso de los siglos hemos alimentado con nuestro amor la sagrada inmortal pira, no descendamos jamás del alto pedestal forjado por las virtudes; no abandonemos jamás la santidad del templo, para lucir en la plaza pública las habilidades ignobles de los juglares, y recoger los vítores de la muchedumbre que aplaude y escarnea á un tiempo mismo! Vivamos para amar y ser amadas, que el amor es la sávia fecundadora de la vida.

Hallábase D. Jerónimo sentado á su escritorio en el oscuro cuartito que habia en la trastienda.

Tenia el rostro pálido y descompuesto; parecia haber envejecido diez años. Sus ojos, inmóviles, carecian de expresion, como si el alma se hubiese ausentado de su cuerpo.

Sabina y Agueda hacian labor sentadas junto á la angosta ventana que daba al patio. Las miradas de ambas se levantaban sin cesar de la labor, para fijarse de consuno en el rostro de D. Jerónimo y espiar sus menores movimientos.

Hasta la vieja sirvienta se asomaba de vez en cuando á la puerta, y cruzaba con sus amas una mirada expresiva, llena de interés y celo.

Pero ¿qué era lo que causaba el profundo abatimiento de D. Jerónimo?

Era que la avaricia y la probidad habian trabado en su corazon una espantosa lucha; era que la probidad habia vencido, pero matándole el alma; era que ya no podia hendir sus manos crispadas de placer, en su arca de hierro llena de oro, que ya no podia formar sobre la mesa aquellos escudrones de reluciente metal, que tanto recreaban su vista, que tanto acariciaban su oído con su música sonora.

Ay, infeliz D. Jerónimo!

Habia tenido que restituir aquella fortuna que le habia sido confiada en depósito, y era tanta su exquisita probidad, que se habia anticipado á la accion de los tribunales, para despojarse de ella y entregarla intacta al legítimo heredero.

Pero despues de haber llevado á cabo el heroico sacrificio, despues de haber consumado aquel rasgo sublime de honradez, habia quedado muerto. Muerto para todos los gozes del mundo; insensible á los consuelos de su mujer y de su hija; insensible á los consuelos de sus amigos. Era como la brújula que pierde de repente el norte, y no encuentra ya donde fijarse.

Sus ojos no cesaban de contemplar el arca vacía, ni su pecho de exhalar suspiros dolorosos. Era como la madre

que pierde á su único hijo, era como la amante joveni-lla que pierde á su adorado. El arca vacía era la helada sepultura, que jamás restituye lo que una vez absorbe.

Solo viendo su fisonomía inmóvil y helada, era como se podia comprender el total aniquilamiento de su espíritu. Si se sentaba á la mesa, los manjares quedaban intactos; si se reclinaba en el lecho, el sueño huía de sus párpados. Pero no se podia decir que estaba triste, no se podia decir que sufría. Habia perdido la sensibilidad, tenia embotadas las ideas. Si no le arrancaban pronto de aquel letárgico estado, habia que temer para él el idiotismo.

Hacia muchas horas que permanecía con las manos cruzadas sobre la mesa, con la cabeza caída sobre el pecho, con los ojos fijos en el arca.

Agueda se levantó despacito, y fué á sentarse sobre sus rodillas.

—Me negará V. el favor que le pida? le dijo con dulcisimo acento. Bien sabe V. que será el primero.

D. Jerónimo apartó su estúpida mirada del arca para fijarla en su hija.

Pero no respondió: parecia no haber comprendido.

Usted no sabe, prosiguió Agueda sonriendo, mi tía la monja me ha enviado unas tortitas muy ricas para el chocolate, y quisiera que V. las probase. El chocolate ya está hecho... Lo he hecho yo!...

D. Jerónimo habia separado los ojos de su hija para fijarlos de nuevo en el arca.

Agueda no se desanimó por esto.

Le ciñó el cuello con sus amorosos brazos, y prosiguió con inefable ternura:

—Antes me queria V. tanto, padre mío! ¡Por qué no me quiere V. ahora?... Antes no me negaba V. ningun gusto razonable... Tendria tanto gusto si probase V. las tortas! Son blancas como la leche y dulces como la miel... Se parecen á las que hacian en Carabanchel cuando íbamos los domingos á pasar un día de campo en nuestra humilde choza! Oh, qué contentos íbamos los tres!... Usted y mi madrecita detras, yo delante corriendo en persecucion de las mariposas, cogiendo las más bellas florecitas de los prados... Qué felices éramos entonces!... ¡Entonces no teníamos oro, como ahora tambien hemos dejado de tenerlo; pero teníamos mucha alegría! ¡Quién nos impide ahora estar alegres?

A mí me basta para ser dichosa el pan de cada día, un vestido de lana y su cariño de V... ¡La sonrisa que viera brillar en sus labios seria mi mejor gala!...

D. Jerónimo parecia no prestar atencion á la infantil charla de su hija.

Agueda desalentada ya, ruborosa y confusa por el mal éxito de su tentativa, inclinó la cabeza sobre el pecho y guardó silencio.

Pero Sabina acudió en su auxilio.

—Sí! Jerónimo, sí, dijo acercándose vivamente, y poniendo una mano sobre el hombro de su marido. Agueda tiene razon. El oro no dá la felicidad: la felicidad consiste en la paz, en el amor, en la tranquilidad del espíritu. Qué nos falta? Hemos nacido en el trabajo, hemos vivido del fruto de nuestro trabajo; el trabajo nos brinda con una próspera y decente medianía. ¿Crees tú que mi hija y yo éramos dichosas desde que la fortuna habia traspuesto el umbral de nuestra casa?

No! Jerónimo, no! ¡Si nunca nuestros labios han exhalado una queja; si nunca has podido leer en nuestros rostros la expresion del disgusto acerbo que nos devoraba, ha sido porque comprimámos nuestros sentimientos para no contrariarte, para no agiarte, ya que dabas tanta importancia á la riqueza. Pero hora es ya de que lo sepas! Hora es ya de que sepas que hemos llorado muchas veces á hurtadillas, porque aquella arca funesta nos habia robado tu amor, ocupando en tu corazon el lugar que debíamos ocupar nosotras.

—Llorábais? murmuró D. Jerónimo, paseando una mirada atónita sobre su mujer y su hija.

Alentada esta última, al ver aquella mirada, exclamó, acompañando sus palabras con tiernas caricias.

—¡Llorábamos, padrecito mío, y V. ni siquiera lo veia, absorto en una sola idea, agitado por un sólo sentimiento!... Y cómo no habíamos de estar tristes? Nosotras, que vivíamos de su amor, condenadas, puede decirse, á no verle más que algunos minutos, y á no oír de sus labios más palabra que el oro!... ¿Y qué es el oro, padrecito mío? ¿qué significa en último resultado?

Si no hubiese tantos necios que le preconizaran llamándole el Dios del siglo, no le daríamos más valor que el que realmente tiene en sí, pues dista mucho de ser tan poderoso como suponen ellos...

¿Se acuerda V. de aquella larga y penosa enfermedad que le puso á las puertas de la muerte?

¡Tres meses consecutivos clavado en el lecho del dolor, y mi madre y yo velando día y noche á su cabecera! Qué tristes! qué tristes días aquellos!...

La fisonomía del anciano se animó de repente, como si despertase de un profundo sueño. Aquel recuerdo, hábilmente suscitado, heria á la vez todas las fibras de su alma.

Estrechó entre sus brazos á su hija y tendió la mano á su mujer. Su sensibilidad, largo tiempo aletargada, se desbordó en su pecho, é hizo asomar á sus ojos lágrimas de gratitud y de ternura...

—¡Nunca, nunca olvidaré, dijo con acento conmovido, aquellos días tristes y gratos á la vez, en que os veia velar junto á mí como dos ángeles del cielo!... Nunca olvidaré la paciencia, la abnegacion, la ternura, de que entonces hicisteis generoso alarde!

Al oír vuestras palabras de consuelo, ¡mis dolores se calmaban como por encanto, y á veces hasta bendecía á Dios por aquella enfermedad que me hacia objeto de tan tiernísimos cuidados. Tú, mi Sabina, ofreciste á la bendita Virgen, si sanaba, no reposar durante un año tus miembros fatigados sobre el blando lecho... Tú, Agueda mía, renunciar á las flores de tu jardín y devolver la libertad á tus amados pajarillos... ¡Era una dulce competencia la que se habia suscitado entre ambas, sobre cuál de las dos haria por mí más grande sacrificio.

—Con razon decia V. entonces, exclamó la vieja sirvienta, que iba y venia llena de inquietud, y que habia cogido al vuelo las últimas palabras de su amo, con razon decia V. que todo el oro del mundo no podria comprar enfermeras semejantes.

La tosca mujer, con su lógica sencilla, habia venido á corroborar lo que Agueda se proponia decir.

Así, pues, no dejó escapar la ocasion que tan favorable se la presentaba, y prosiguió con tono cariñoso:

—Reunidos en su alcoba de V. todos los mejores médicos de Madrid, ninguno pudo ofrecerle con sus drogas ni el más pequeño alivio. Ni los manjares más exquisitos estimulaban su paladar, ni los aromas más delicados recreaban su olfato, ni los paisajes más bellos disipaban la tristeza de su ánimo abatido.

—¡Oh, me decia V. á veces, cuán triste es tener dinero y no poder comprar ni la salud, ni los gozes de los sentidos, ni las alegrías del alma!... Tenerlo todo y desdeñarlo todo!

Pero la naturaleza triunfó por fin del mal...

Habíamos gastado en su enfermedad hasta el último céntimo, y era preciso volver al trabajo árduo é incesante, para vivir y pagar las deudas contraidas... ¡Sin embargo, V. y nosotras estábamos locos de contento!

Así que pudo V. andar, fuimos á llevar un cirio á la bendita Virgen de la Paloma, y á dar luego un paseo por el campo. ¡Qué hermosa tarde aquella! Qué resplandores tenia el cielo, qué perfumes las flores, qué dulces murmurios las aguas!... Todo era fiesta en derredor de nosotros, dentro de nosotros!

Nos sentamos sobre la yerba al pié de un árbol frondoso.

—Esto no se puede comprar con el oro!... exclamó usted, aspirando con éxtasis el aura embalsamada...

Sentóse á nuestro lado una señora envuelta en negras tocas.

No la conocíamos, pero con la franqueza que dá el campo, entablamos con ella una conversacion animada.

Su esposo, ménos afortunado que V., habia sucumbido á la misma grave enfermedad. Era rica, y con todo su oro no habia podido disputar el adorado cadáver á la tumba...

Padre, repuso la adorable niña con una graciosa sonrisa: si el dinero no puede comprar la salud, ni la felicidad, ni los gozes, ni la vida, ¿para qué sirve tener más de lo necesario?

—De qué me acusais? dijo D. Jerónimo con voz trémula, no lo he devuelto todo hasta el último céntimo?

Agueda selló sus labios con un beso.

—Acusar yo al más honrado de los hombres! exclamó con trasporte. Y luego añadió sonriendo:

—¡Pero no es mejor que haya V. tenido que desprenderse de esa fortuna, que ver á su Aguedita pálida é inmóvil, con los ojos cerrados, con las manos cruzadas sobre el pecho, en una caja blanca, cubierta de blancas rosas y una triste palma?

D. Jerónimo soltó un grito, estrechó á su hija entre los brazos, y dejó correr libremente las lágrimas que inundaron sus mejillas.

—¡Llora, llora! dijo Sabina, nosotros lloramos contigo! Permanecieron los tres estrechamente abrazados largo tiempo confundiendo sus suspiros.

Despues D. Jerónimo, tomando una resolucion repentina, depuso á su hija en el suelo, la condujo por la mano fuera del aposento lo mismo que á su mujer, y dijo cerrando la puerta:

—¡Os juro que no volveré á entrar aquí!

Respondieron á estas palabras las exclamaciones de júbilo de Sabina y Agueda y la anciana criada, y las

tres le llevaron en triunfo al mostrador, en donde había pasado los más felices años de su laboriosa vida.

¡Oh, vosotros detractores de la mujer, vosotros infelices detractores de la familia, ah! plegue á Dios que nunca seáis desgraciados; plegue á Dios que nunca tengáis que beber el amargo cáliz del sufrimiento humano, tan intolerable para un alma sola!

¡Ah, no es sufrir cuando sufren con nosotros otros seres idolatrados! ¡Ah, no desgarran el pecho los latidos violentos del corazón cuando laten á la vez otros compasivos corazones! Bendito sea el amor, bendita sea la familia! Bendito sea Dios, que ha instituido esos santos indisolubles lazos que unen una vida á muchas vidas solidarias la una de la otra!

¡Bendito sea Dios, que ha suspendido sobre la tierra ese faro que se llama amor, antorcha arrancada de su sagrario mismo, y encendida con la lumbre de sus ojos!

Sin esa divina antorcha, este universo tan hermoso, sería el caos sumido en perpétuas tinieblas, que no es luz la que no dimana del alma, y en vez de esclarecer todo lo ennegrece; sin ella, los hombres serían como las fieras de los bosques, sedientos sólo de sangre, atentos sólo á la rapiña.

¡Amor de Dios, del prójimo, amor de la familia, el que no te eleva altares, es como el ciego, que jamás ha visto al sol; es como el sordo, que jamás ha oído las gratas armonías que se elevan en torno suyo; es como el vivo, que yace en la negra sepultura, ajeno ya á los gozos de la tierra!

¡Corre, caballo blanco, corre, sacude tus relucientes crines, agita tu pomposa cola; corre caballo blanco, que vas en busca de felices nuevas!

Más veloz que tú corre el pensamiento de Gabriel, que ansía llegar á la casa en donde habita el ídolo de su alma. No extrañes que sus manos, que jamás han ofendido á nadie, azoten con el látigo tu dorso, que sus espuelas se claven en tus hijares!... ¡Ama, y en alas de su amor quisiera salvar el espacio, devorar las distancias!... Corre, caballo blanco, corre... que vas en busca de felices nuevas!

Pero no, deten el paso, no obedezcas á su impulso!... Así corre el hombre despeñado tras el soñado bien que le asesina; así corre el hombre durante toda su vida para llegar cuanto antes á los frios umbrales de la muerte... ¡Deten el paso, noble caballo blanco, resiste al látigo y á la espuela, si eres un fiel servidor de tu insensato dueño!...

Gabriel se apeó en el umbral de la puerta contigua á la tienda de D. Jerónimo.

Agueda lo vió, y dos lágrimas silenciosas surcaron por sus mejillas.

Pero el joven no hizo caso de ella, entregó el caballo al portero para que lo condujese á la cuadra, y empezó á subir lentamente la ancha escalera.

Al llegar el momento decisivo tenía miedo.

En el cuarto principal, que era su propia casa, habitaba Mauro con sus hijas.

Clotilde se lo había cedido, interin permaneciese en Madrid y diese cima á sus asuntos.

El anciano había sido una vez su huésped, y no había podido rehusar su generosa oferta.

Gabriel dudó mucho tiempo antes de resolverse á tirar del cordón de la campanilla; así que lo hizo, su sonido metálico penetró hasta su corazón llenándole de indefinible espanto.

Cuando entró en el salón de recibo vió que su madre, que le había precedido, guardaba una actitud muy triste, vió que el anciano estaba confuso, que Marta y Susana, que asidas de la mano, cuchicheaban en voz baja, se sobrecojían al percibirle, y no quiso ver más...

Comprendió que su pretension había sido desairada, comprendió que su esperanza se había desvanecido...

Quedó inmóvil en medio del salón, pálido y anonadado.

—Hijo mío! exclamó Clotilde abalanzándose hácia él.

—¡Oh, no se ofenda V. por nuestra negativa, se apresuró á decir el anciano. Marta admira sus nobles prendas, está infinitamente agradecida al honor que la dispensa, queriendo otorgarle el título de esposa; pero dice que ha resuelto no casarse, que quiere consagrarse á su padre, y luego á Dios... Ella misma acaba de manifestarnos que su resolución es inquebrantable. Dice que supuesto que Susana me abandona para unirse á Pablo, ella quiere permanecer á mi lado para compensarme de las pasadas amarguras... En vano he pretendido rechazar su generoso sacrificio, en vano...

—¡Ah, es que no me ama, interrumpió Gabriel con voz sombría, bien hubiera debido conocer que no me ama!...

Y comprendiendo que no podía dominar la explosión de su dolor, salió con paso precipitado de la sala.

(Se continuará).

CORREO EXTRANJERO.

CARTA Á FANNY WARRIOR.

Washington 4 de Enero de 1875.

Querida Fanny: he leído con el mayor placer tus cartas, en que se retratan tu carácter abierto y tu noble corazón. Te echo mucho de ménos y te busco en todas partes, pues aquí, donde el espíritu comercial mata los afectos, una buena amiga es género desconocido; en cuanto al amor, ya lo sabes, se cotiza en el bufete; los novios no hacen alardes de sentimentalismo, ni se presentan con infulas de Tenorios; presentan su programa matrimonial, llevando abierto el libro de caja, y exigen la recíproca; es decir, el tanto de la dote de la novia. No pasean la calle como tu Pepe (y perdóname ese impropio pronombre posesivo), ni hacen guiños en los teatros; se contentan con creer que siendo el matrimonio un contrato bilateral, deben conocerse las condiciones del negocio, y dicen, como el personaje de una comedia de Breton, el gran poeta de esa tierra:

"Cinco y tres ocho, y dos diez;
quito nueve; una me resta.
Toda mi doctrina es esta;
sépalos usted de una vez."

¡Dichosa tú que no vives en tierra de números, sino donde puede el corazón dejarse llevar de sus legítimas expansiones! Las mujeres, por más que digan, no soporamos la tiránica imposición de la aritmética.

Hace unos días que dejé á Nueva-York para pasar una semana en esta corte artificial, como llamaste con mucha gracia á Washington en una de tus picantes epístolas: este es un mundo diferente y se vive de otro modo; aquí no se encuentra el movimiento bullicioso de Broadway, ni la animación del muelle, ni la excitación del comercio y de la Bolsa. Aquí todo es serio; todo tiene cierto carácter oficial, revestido con la etiqueta y la pompa de la magestad, que se encubre con la falsa palabra de república. Lo único que hay modesto es el mal llamado palacio de White-House. Al contemplar el soberbio Capitolio, los Ministerios, la Casa de Correos y el Patent-House, crees que estás en una gran nación de la vieja Europa, donde se rinde culto á la idea de la soberanía del poder, humillando con su ostentación al pueblo. Y es verdad, Fanny; Washington es en verano un desierto, pues toda la gente de dinero y de importancia abandona la ciudad para ir á New-Port ó á Saratoga; pero en invierno, el lujo excede á toda ponderación; se abren los salones, y riete de las exigencias de la sociedad inglesa; aquí los señores son más encopetados y más tiesos que en Londres, y las damas se desvelan por aparecer *comm'il faut* á toda costa.

Como mi padre es persona de alta posición, me veo muy obsequiada y no tengo cuerpo ni estómago para resistir tantos bailes y banquetes, que no puedo desairar con mi ausencia; en los Estados-Unidos, lo mismo que en los grandes centros europeos, se resuelven las cuestiones más importantes en el baile y en la mesa; de donde vengo á deducir que los pies y el estómago son los dos primeros agentes de la humanidad. Como soy joven y me entusiasmo fácilmente, no te extrañará que concurra á todas partes, multiplicándome; ayer asistí á un magnífico baile del ministro del Perú y á otro no ménos suntuoso del almirante Porter.

No se puede negar que la sociedad del *bon ton* es distinguidísima, aunque ahí crean y afirmen lo contrario; sobre todo, sabe gastar el dinero; hace días que estuve en la recepción de un banquero, que gastó en flores [nueve mil duros! En España lo juzgarán increíble, pero es un hecho; los soberbios salones eran un jardín primavera; aquí consideran que es ostentar más lujo gastar cantidades fabulosas en flores, que al día siguiente recoge el carro de la basura, que comprar brillantes y piedras preciosas para las damas. Cada país tiene sus excentricidades. En esas reuniones ha llamado la atención la bella esposa del ministro de España, mereciendo ser señalada como tipo de la moda, pues los diarios se han ocupado en describir su traje, que con efecto era elegantísimo; el vestido era de raso blanco con anchos encajes de Inglaterra, y el manto y el cuerpo de terciopelo granate, guarnecidos de los mismos encajes, y con grandes grupos de rosas blancas. Pilar Leon de Mantilla anima con su conversación y su agradabilísimo trato, y no me sorprende que la *fashion* americana distinga con sus obsequios á la interesante española.

El telégrafo nos sorprendió con la inesperada noticia de la restauración monárquica en ese país; el despacho cayó como una bomba en la colonia española, y un ¡hurra! tan espontáneo como alegre, me hizo comprender que no se había arraigado ahí el árbol de la democracia; España tuvo el privilegio de cautivar la atención de todo el mundo, y me parece que en el rostro de Grant noté más fruncidas las cejas, pues este señor se las prometía muy felices con ese embrión de república que amenazaba seriamente la existencia de Cuba, á donde tienen puestos

siempre los ojos los gobernantes de por acá; la isla de Cuba, en el mapa, aparece en la forma de una *presilla*, y nadie duda que á Mr. Grant le desvela la idea de abrocharla con uno de los botones de su casaca presidencial, pero el ministro de España en esta corte vive muy prevenido. Si mandan allí tropas, la cuestión está resuelta.

El otro día en un gran baile oí una conversación entre una dama castellana pura y un alto funcionario, que nos hizo reír y admirar el talento de ella. Preguntábale él:

—¿Cuándo hablará V. bien el inglés?

—No pienso aprenderlo hasta que la conducta de los gobernantes varíe mucho con respecto á los españoles, respondió la señora con la más graciosa de las sonrisas.

El alto funcionario se mordió los labios, y parece que entre dientes murmuró:

—¡La gente española es invencible!

No tengo hoy nada más que comunicarte; pero no quiero cerrar mi carta sin dar á tus lectoras de EL CORREO DE LA MODA una noticia de *sensación*, pues me agradecerán que les comunique algo que ha de hacerlas cambiar de color; pero no el color de la cara, sino el del pelo. Y al decir tus lectoras, he imitado al vulgo, que calumnia á las mujeres, suponiendo que ellas sólo se valen de falsificaciones para engañar; en este punto los hombres nos llevan ya gran ventaja. Está haciendo aquí verdadero furor el *Agua de Persia*, á la que llaman el gran descubrimiento del siglo, preparación sin rival para teñir el cabello de su color legítimo, sin que tenga ninguna sustancia nociva á la salud, y cuyo resultado es tan maravilloso que se escapa á la vista de los más perspicaces en materia de engaños; esta agua la usaban desde tiempos muy remotos las bayaderas del Indostan y las mujeres del serrallo del shah de Persia, cuyos cabellos han causado la admiración de Europa en el último viaje de Nasir-ad-Din; y en París se descubrió que lo llevaban teñido con el *Agua de Persia*, gracias á la indiscreción de una de esas famosas odaliscas, enamorada ciegamente de un joven que había encanecido prematuramente, y tuvo la debilidad de entregarle su secreto para ennegrecer su preciosa cabellera. De plantas inofensivas se compone esa preparación, llamada en el serrallo *Juventud eterna*, *Deleite de los sagrados ojos del shah*, *Tesoro de amor*, etcétera. En la Exposición de Viena figuró el *Agua de Persia*, y en los Estados-Unidos muchas damas cotorronas y no pocos hombres que por su antigüedad estarían archivados, andan luciendo una juventud que con efecto parece eterna. ¡No me agradecerán tus lectores la noticia? Creo que sí.

Escríbeme, y complacerás á tu buena amiga
JENNY.

Soluciones á la charada y logogrifo insertos en el núm. 2 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Enero, por las señoritas Doña Mariana de Rada y Díaz Pimienta, de Quintanar de la Orden; Doña Josefa Burillo de Moriel, de Bujalance; Doña Carmen Quirós, de Búrgos; Doña Manuela Díaz, de Pontevedra; Doña Teresa Arrans, de Madrid; Doña Lucila Vera, de Santander; Doña Jimena Torres Valle, de Murcia, y los señores D. Jacinto Pinel, de Sevilla; D. Carlos Amargós, de Valencia, y D. Antonio María Lopez y Ramajo, de Madrid.

Solucion á la charada. Solucion al logogrifo.

CARACOL.

RAMON.

CHARADAS.

I.

Tercia, segunda y prima

Es apellido

De un estadista ilustre

Muy conocido.

Mas no es de España,

Sí de nación amiga,

Lo dicho basta.

Para escribir su nombre

O pronunciarle,

De cierto animalito

Lo hacemos antes,

Y sin escusa,

Como nos lo demuestra

Tercia y segunda.

Tienen en el comercio

Acción directa,

En muchas transacciones

Segunda y tertia,

Y, sobre todo,

Tratándose de efectos

Voluminosos.

El todo es instrumento

Músico, lindo,

Cuyo nombre es el mismo

Del apellido,

Pero empezando

Por una, dos y tertia

Y no al contrario.

JERÓNIMO COUDER.

II.

Pasa de ciento mi prima,
dos y dos te habrán llamado,
y un escritor afamado
es el todo de este enigma.

JOAQUIN RAMA.

CORRESPONDENCIA.

*** El agua para quitar el vello no perjudica en lo más mínimo. Dirijase V. para esto y para cuantos objetos necesite, tanto de perfumería como de peluquería, á la *Catalana*, directora de la Peluquería y perfumería *Universal*, Plaza de Topete, 15, Madrid.

Dos amigas inseparables.— Los plegados á tablas y los bieses de crespon son los adornos que únicamente convienen á un traje de riguroso luto. Los sombreros llevan los mismos adornos, con exclusion completa del azabache.

Maria.— Los guarnecidos de pluma continuarán embelleciendo los trajes de verano, eligiéndose entónces de colores claros.

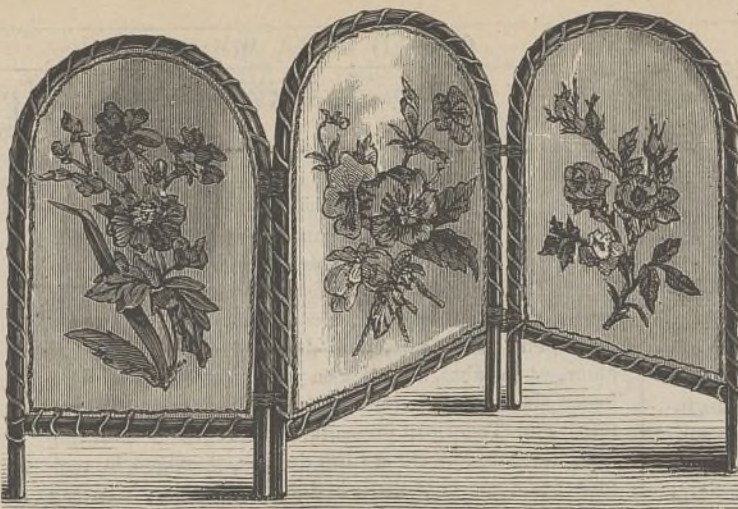
L. A.— Mil y mil gracias por sus elogios. *El*



19. Boa cerrado con pasamanería.



20. Manguito correspondiente al boa núm. 19.



18. Pantalla. Labor de capricho.

chemir de seda color de almendra, adornado por abajo con un volante de 30 cents. de altura y encima una doble cabeza. Los paños de delante están cubiertos de bullonados separados por bieses. Un volante que va formando cascada cubre la union de los paños de delante y los de costado. Confeccion Luis XV, de terciopelo negro forrado de seda blanca y adornado con una tira de piel plateada. Sombrero *Lamballe* de fieltro gris, bullonado, adornado con plumas y levantado en el costado por una medio guirnalda de miosotis y rosas de terciopelo. En tous-cas con puño de malaquita y adornos de plata.

Fig. 2.^a—Traje de recepción para niña de 12 á 14 años.—La falda es de paño gris fieltro, adornada por abajo con volantes plegados de tafetan. Cuerno de largas aldetas por delante y cortas por detras, tambien



22. Sombrero con piel correspondiente al boa núm. 21. 21. Boa cerrado con botones.

de paño adornado con brandeburgos ó alamares y botones en sus extremos. Los cabellos de delante están peinados hácia la parte superior de la cabeza, y los de atras caen en bucles sujetos con un lazo en forma de castañas.

Fig. 3.^a—Traje de visitas para joven.—Vestido princesa de cachemir de seda verde agua; los paños de delante están guarnecidos con un volante plegado con cabeza y dos bullones. Un volante con biés encima dibuja túnica de cola cruzada por delante. Manteleta de paño negro, bordada con soutache y guarnecida con fleco. Manguito de paño bordado adornado con marta zibelina y lazo de cinta con largas caídas á cada lado. Sombrero de fieltro marron guarnecido de cintas, plumas y flores.

Se vende un bonito piano inglés de palo santo. Es de media cola, tiene próximamente 7 octavas, gran tabla armónica y afinacion muy segura. Se mandó construir expresamente en Londres para una familia distinguida, y está muy bien conservado, siendo propio para salones de concierto y locales espaciosos. En la Administracion de este periódico darán razon.

capital de la virtud no se vende en ninguna parte. Dedicado únicamente á las suscriptoras de *EL CORREO*, solo se puede adquirir, tomando la coleccion del periódico, la cual, no yendo acompañada de los figurines y patrones, se puede dar á un precio más conveniente.

Adolfina.— Nada más bonito para traje de baile que un vestido de faya rosa ó azul, y encima túnica mantelo con coraza de tul griego ó malla bordada á punto de sprit blanco ó negro, completamente cubierto de hileras de canutillos negros ó blancos sujetos con una perla negra, blanca, de oro ó plata.

Si el bordado es negro, las margaritas que campean en el centro están compuestas de agremanes de azabache para el contorno y el centro de perlas. Si el bordado es blanco, las margaritas están formadas por pechinas de nácar oradas por ambos extremos y sujetas con una perla de cristal.

EXPLICACION del Figurin 1156.

Fig. 1.^a—Traje de paseo ó de visita.—Vestido de ca-



26. Fichú de muselina y encaje. (Véase el núm. 27).

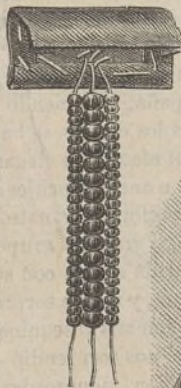


23. Capucha-pañuelo.



24. Cinturon (Véase el

de cuentas núm. 25).



25. Muestra para el cinturon.



27. Fichú de muselina y encaje. (Véase el núm. 26).

acompañá á ESTE NÚMERO UN PLIEGO DE DIBUJOS PARA BORDADOS, Y LAS SEÑORAS SUSCRITORAS Á LA 1.^a, 2.^a Y 4.^a EDICION RECIBIRÁN ADEMÁS EL FIGURIN ILUMINADO.

Administración: Plaza de Prima, núm. 2.

Tip de G. Estrada, C.^a, Dr. Fourquet (antes Yedra) 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.



CORREO DE LA MODA.

2 de febrero de 1875.
DIBUJOS PARA BORDADOS.

DERECHO.

- Núm. 1 a 10.—Parte de alfilerario, para sábanas, plumetas y calados.
- Núm. 11.—M, W, enlazadas con cordoncillo bordado al pasado, cordoncillo y punto de armas.
- Núm. 12 a 14.—Letras y cifras bordadas a plumetas.
- Núm. 15.—Ángulo de cuello.
- Núm. 16.—Dibujo para señal de libro de oraciones.
- Núm. 17.—Dibujo de aplicaciones de paño sobre paño, para adornar canastillas, etc.
- Núm. 18.—Clementina: bordado a plumetas, minuto, cordoncillo y punto de pluma.
- Núm. 19.—Escudo para ropa blanca, con el nombre Bárbara.
- Núm. 20 a 22.—A, O, U, para mantelería.

REVÉS.

- Núm. 23.—Alfilerio bordado sobre tul y encaje irlandés. Se hilvana el tul sobre el cartón ya dibujado, y después de ejecutada la labor se recorta el tul en los sitios que marca el dibujo.
- Núm. 24.—Fondo y barbas para un prodigio de cabeza. Alrededor del círculo se pone un escarolado de cinta azul y gasa blanca, sobre el cual descansan media corona de rosas de musgo. Las dos barbas descienden por detrás, mezcladas con calados de cinta azul. Debajo del círculo de encaje se pone otro de tul de armas, para darle consistencia.
- Núm. 25.—Mitad de un cuello de encaje irlandés sobre fondo de tul.
- Núm. 26.—Ángulo de pañuelo bordado a plumetas, cordoncillo, festón y calados.
- Núm. 27.—Trofeo de pintura. Aplicaciones de terciopelo y bordado al pasado, para adornar cajas de pintura, álbum de dibujos, etc. Los placentes y el ramaje se bordan de relieve, con seda. La caja, la paleta y el rollo de papel son de aplicación.
- Núm. 28.—Dibujo para el neceser de escritorio representado en los grabados del número 4 del Correo correspondiente al 20 de febrero.
- Núm. 29 y 30.—Cenefa bordada a punto de cadeneta, en dos tonos de seda de color, sobre fondo de piel, paño o ropa de lana.
- Núm. 31.—Ramito para sembrado.
- Núm. 32 y 33.—Entredos y cenefas para ropa blanca.
- Núm. 34 y 35.—Cenefas de soutache para ropa de niños.
- Núm. 36 y 37.—L, M, para sábanas: plumetas y calados.

